

## *Semillas*

Un cuento de Francesc Garcia Donet

Tal vez aquello sea una nube. O tal vez no. Puede que sí que sea una nube pero que no traiga lluvia. Hace mucho tiempo que no llueve. Aquí. Casi en el límite del horizonte, detrás de las montañas azules, se divisa cada pocos días la sombra del vapor de agua concentrado en el cielo. Allá a lo lejos, seguro que llueve continuamente. Aquí, sólo muy de vez en cuando. Las plantas se secan. Me pregunto si vale la pena vivir así, siempre esperando el milagro.

Ayer enterramos a Pol. Nos dijo que quería descansar para siempre junto al cañaveral de la hondonada, donde están creciendo los arboles. La tierra, allí, es dura y pedregosa. Nos costó bastante cavar. Pero lo hicimos por él. Siempre quiso que su cuerpo sirviera de alimento para los vegetales. Seguro que ahora los pequeños arbolillos que plantamos allí se hacen grandes más deprisa. Quizás sean árboles con fruto y nos alimenten a nosotros. Sólo tiene que llover.

Pol me dijo, justo antes de morir, que hacía exactamente tres años que nos encontramos. Cogió mi mano y con un hilo de voz susurró que se iba a morir tranquilo, porque sabía que yo ya estaba preparado para continuar su tarea. La tarea. Era muy viejo, pero sus ojos conservaron la determinación de luchar hasta el último momento. Los cerró y dejó de respirar. Su vida volvió a la tierra. Ocurrió con tanta placidez que no me dio tiempo a sentir tristeza.

Desde la puerta de la cabaña que construimos junto a la cueva veo la nube que crece. Pero no viene hacia nosotros. Parece que va hacia las montañas. Como casi siempre. Mala suerte. Tom golpea la roca con una piedra redonda. Tengo que procurar que no pierda nunca la esperanza. Como hizo Pol conmigo. Aquí al menos hay horizontes, decía, y siempre puede llegar algo por

alguna parte. Con esa confianza llegó a hacerse muy viejo, y así podré yo, su hijo tan querido, vivir también mucho tiempo.

Tres años con Pol me enseñaron, sobre todas las demás cosas, el significado de la palabra padre. En el agujero oscuro donde nací no existe ese término. Ni el de madre. Naces, te hacen crecer, aprendes el trabajo, te diviertes con la lucha, te acercas al grupo para descansar caliente. La ciudad te ha dado la vida y sólo a ella te debes. Si te ha tocado la parte de abajo es por alguna razón. Seguro que en el subterráneo eres más útil. Haz lo que tienes que hacer y no preguntes.

Los habitantes de la parte de abajo suelen tener problemas de visión. Por eso los ponen allí. Aprenden a hacerlo todo sin tener que ver nada. Con el tiempo, terminan por quedarse completamente ciegos. Pero no les importa. No necesitan los ojos. Además, así no hace falta iluminar los túneles apenas, y de esa forma se contribuye a los intereses de la ciudad. Se ahorran recursos. Porque el bienestar de la ciudad es lo único que importa.

Yo nací con buena vista, aunque me trajeron a la vida en una galería subterránea. A veces pasa. La genética no es perfecta. Fueran quienes fueran mis progenitores, seguramente eran ciegos. Se habrían quedado sin vista a partir de algún defecto ocular. Yo no tenía ningún defecto de esos. Crecí viéndolo todo a la muy tenue luz del subsuelo. Y me di cuenta muy pronto de que en la parte de arriba de los túneles verticales que nos comunicaban con el exterior había una extraña claridad.

La ciudad también tiene solución para casos como el mío. Me convirtieron en correo. Arriba y abajo. Preferentemente abajo, pero con periodos en la casi superficie para aprender nuevas instrucciones y nuevas técnicas. Después, yo y otros como yo transmitíamos lo que nos habían enseñado arriba a los grupos de cavernícolas. Llegué a ver el cielo, aunque fuera a través de un grueso cristal en el techo, y sentí la claridad del día sobre mi cara. Abajo nunca es de día.

En el subterráneo cultivamos bacterias y microorganismos que necesitan la oscuridad para vivir. Las bacterias descomponen el aceite vital que llega de la superficie y lo transforman en fluido alimenticio. Otros microorganismos convierten ese líquido del poder en gases que pueden mover todo tipo de motores. En mi zona de galerías se crían las cepas originarias de toda esta variedad microbiológica. Los habitantes subterráneos no necesitan ver a esos seres para identificarlos, les basta con el olfato.

Yo era un correo muy apreciado arriba. Me enseñaron a leer y a redactar prolijos y bien justificados informes sobre las actividades que se desarrollaban abajo. Mi zona de influencia y control fue creciendo muy de prisa. Me dejaron elegir los grupos con los que relacionarme y luchar tras la jornada de trabajo. Probé con todo tipo de gente. Les vencí a todos. Llegué hasta a luchar a oscuras con ciegos de nacimiento. Y les gané. Tampoco nadie de los que podían ver allí abajo, en mi zona de galerías, me derrotó nunca.

Poco a poco, a medida que iban pasando las generaciones de microbios, la implantación de nuevos genotipos cada determinado período, la rendición de cuentas con los resultados de los experimentos y la celebración de los éxitos con grupos escogidos de luchadores y luchadoras del subsuelo, aquella supuesta vida de triunfador fue perdiendo interés para mí. El delegado metropolitano para la zona de viveros subterráneos me dijo que había muchos que sentían envidia de mí. Yo empezaba a sentir pena.

Solicité salir al exterior. Era una petición insólita. Mi origen, mi perfil, mi historial, mi destino estaban abajo, en las cálidas y húmedas cuevas de hormigón que se extendían por debajo de toda la ciudad y que llegaban hasta el nivel menos veinticinco. Yo rogué que me dejaran sentir la luz del sol en la cara al menos una vez. Era una demanda disparatada. No había ningún objetivo que cumplir con mi salida a la superficie. Sólo un capricho absurdo. Y allí no se consentían los caprichos.

Pol me dijo muchas veces que yo soy un ser extraño, porque nunca se sabe por dónde voy a salir. Tal vez hayan sido las muchas horas de casi oscuridad, aguardando a que crezcan las bacterias, las que me han proporcionado la cualidad de mirar las cosas desde muchos puntos de vista. Me acostumbré a tomarme mi tiempo para examinar los asuntos y plantear diversas soluciones. Luego, suelo desarrollar cada una de éstas y verifico a qué pueden conducir. Así he podido comprobar que lo mejor, muchas veces, no es lo evidente.

Dejé de insistir en mis peticiones de salir afuera. Le confesé al encargado que mis desvaríos por conocer la superficie se debían a mi frustración por no encontrar a ningún habitante subterráneo que me pudiese vencer en la lucha. Él me suministró nuevos contrincantes, venidos de más abajo. Me vencieron, por fin, y proclamé que ya tenía un nuevo objetivo en mi vida privada: mejorar mi técnica hasta derrotar también a aquellos aguerridos púgiles. Al cabo de poco tiempo, nadie recordaba mi obsesión por salir.

Pero yo seguía alimentándola en secreto. Y observaba con mucho detenimiento los sistemas de intercomunicación con el exterior. Tarjetas de identificación. Códigos secretos personales. Tubos de propulsión magnética operados desde arriba. Demasiado difícil colarse sin permiso. Demasiado arriesgado intentar que me vendieran una identidad a cambio de cualquier cosa que me pidiesen. Todo estaba perfectamente planificado para desanimar a los locos de abajo que soñaran con subir.

Volvieron a citarme para un curso de capacitación en ingeniería de fluidos que se celebraba en la planta menos uno. El delegado me sondeó acerca de mis emociones ante la posibilidad de volver a contemplar el cielo a través del grueso cristal de la bóveda de la sala subterránea de convenciones interposicionales. Le aseguré que no me acordaba de que encima de esa bóveda estuviera el azul de la atmósfera terrestre. Se quedó ciertamente muy complacido con mi supuesta amnesia.

Me escapé a través de los tubos de aireación, a los que accedí desde un retrete. Había supuesto que, al estar tan próxima la sala a la superficie, se alimentaría directamente del aire exterior, sin pasar por los sistemas de fabricación de la atmósfera subterránea. Acerté. Hubiera podido no estar en lo cierto. Ya me dijo Pol que mis suposiciones podían fallar a veces por muy seguro que yo estuviera siempre de la eficacia de mi mente. Pero al final del tubo había una simple rejilla que comunicaba con el mundo.

También ahora supongo que aquello es una nube cargada de agua que viene hacia nosotros. Pero no se lo voy a decir a Tom. El mecanismo de creación de tormentas está muy bien calibrado y se equivoca pocas veces. Ellos quieren que llueva allí, detrás de las montañas, y sólo allí. Por eso intentan que no se les escape ninguna nube que deje caer su preciada carga sobre un terreno baldío para ellos. No voy a desanimar al muchacho con la ilusión de algo que seguramente no pasará.

Claro que tampoco yo, hace poco más de tres años, confiaba demasiado en el éxito de mi aventura. Y, sin embargo, salí de allí. No fue nada fácil pasar desapercibido. La gente del exterior no vestía de manera uniforme. Mi mono azul marino destacaba mucho entre la gran diversidad de colores que llevaban los habitantes de la superficie. Pronto me di cuenta de que alguien avisaría a las autoridades de mi inadecuada presencia en las calles. Sería devuelto sin remedio a la oscuridad del agujero. Y sin honores.

Trepé por una escalera de incendios en un callejón lateral y me introduje en un apartamento. No había nadie a esas horas del mediodía. Me vestí con ropa bien colorida. Me estaba pequeña, pero supe que nadie se fijaría en mí. Volví a acertar en mi suposición. Después de arrojar el mono por una trampilla destinada a los residuos sintéticos, caminé libremente por la ciudad exterior. Ya era uno más de sus habitantes. Podría sentir el calor del sol sobre mis párpados cerrados.

La ciudad está envuelta en una atmósfera artificial. Existen varios soles, yo vi al menos tres, situados en diferentes direcciones. No calientan. Los textos de física que había conseguido en la base de datos del subsuelo hablan de un astro que ilumina la Tierra y le proporciona calor. Pero la ciudad tiene un escudo gaseoso para defenderse de las radiaciones y controlar la humedad y la temperatura. También tiene sus propios soles que le dan luz. El cielo no es azul. Lo sería el vidrio de la bóveda subterránea.

Sentí la necesidad de escapar también de allí. Después de las calles repletas de miles de peatones multicolores, se abrían anchas avenidas por las que circulaban bólidos eléctricos a toda velocidad. No había sitio para caminar. Imposible salir de la ciudad sin subirse a uno de aquellos vehículos. Me quedé en una esquina, mirando el tráfico incesante, absorto en los reflejos plateados de los coches. Pasó una chica subida a un patinete que lanzaba música y me dio un frasco. Era alimento base. Aceite y bacterias.

Sabía mejor que el fluido del subsuelo. Me lo acabé al tercer trago y pensé que valía la pena estar afuera, aunque el cielo fuera de nube perpetua y el sol no calentase la cara. A esas horas ya me habrían echado en falta en el centro de convenciones del subsuelo. Incluso disfrazado de habitante del exterior, pronto me localizarían. No tenía adónde ir. La mejor opción era salir de la ciudad y refugiarme en el campo. En varios textos de la base de datos se hablaba del campo que rodeaba la ciudad. Una gran extensión. Verde.

Me acerqué a la calzada por donde aquellos raudos vehículos se movían sin más ruido que el silbido del viento que desplazaban. Uno se paró frente a mí. Bajó un hombre. Me lancé dentro. El conductor me miró con inquietud. Le dije que necesitaba urgentemente llegar al límite de la ciudad con el campo. El hombre tocó una rejilla que me pareció la de un intercomunicador. Temí que me denunciara. Él pareció temer que yo le agrediera. No pasó nada. Me miró y dijo hablando muy rápido que yo era raro pero simpático.

Me llevó a toda velocidad donde acababa la urbe. No comentó nada más. El interior del coche era confortable y apenas si se notaba lo rápido que se movía aquello. Hubiera dado algunas vueltas más por las anchas avenidas que rodeaban las grandes aglomeraciones de edificios altísimos de cristal. Pero la puerta del bólido se levantó y vi que tenía que salir. Le di las gracias. No me contestó. La puerta bajó rápidamente y el coche se perdió en seguida en la corriente de vehículos igual de veloces.

Había un pequeño montículo que marcaba el final del espacio urbano. Trepé pensando que llegaría en seguida a lo que llaman el campo. Pero allí detrás sólo había una enorme extensión de tierra gris, que parecía haber sido quemada repetidas veces. En el horizonte se advertían unas pequeñas montañas también grises. No se veía nada verde allí, ni en ninguna dirección. Pero yo tenía que llegar a alguna parte, aunque no supiera adónde. Así que me puse a caminar hacia las montañas.

A medida que iba avanzando, la atmósfera nebulosa de la metrópoli se disipaba. También desaparecieron los soles artificiales. Y, por fin, cuando llevaba recorrido la mitad del camino hasta los montes cercanos, pude divisar la gran bola ardiente del sol. Estaba cerca ya de las primeras rocas cuando noté el calor en la mejilla. Caí arrodillado. Aquello era lo que yo había salido a buscar afuera. Y lo había tenido que perseguir más allá. En el exterior del exterior.

Me faltaba todavía el verde del campo. Caía la noche cuando llegué a la cima. Al otro lado estaba oscuro ya. Me senté en una gran piedra y me giré a observar el resplandor de la gran ciudad. Mi ciudad. Aunque la mía de verdad estaba oculta debajo de aquellos edificios y de aquellas calles. Escuché un trueno y empezó de repente a llover. Diluviaba. Tenía que refugiarme, así que me puse a buscar una oquedad en la roca donde pudiera meterme a esperar el nuevo día. Y a pensar qué iba a hacer.

Lo que hallé fue una choza hecha de ramas y barro, cuyo interior estaba alumbrado por una antorcha maloliente. Acuclillado frente a la luz, comiendo unos granos secos, estaba un anciano vestido con harapos grises. Me miró sin apenas sorprenderse y me invitó a entrar. Me dio algunos de aquellos granos. Mis dientes no estaban preparados para romperlos, así que el anciano me indicó dos piedras para que los cascara. Así lo hice, y así pude ingerir aquella comida de sabor amargo e intenso. Le pregunté al anciano su nombre. Se llamaba Pol.

A la mañana siguiente, en cuanto amaneció, salí de la choza y pude contemplar el espectáculo de los campos verdes que se extendían hasta el infinito. Estuve extasiado un buen rato. Cuando Pol se puso a mi lado, le dije que por fin había encontrado lo que en los textos se llama la naturaleza. Él me miró fijamente. Después me dijo que le siguiera, y se puso a caminar hacia las plantas. Cuando llegamos donde empezaba la plantación, me enseñó de qué se trataba. Dijo que eran gramíneas que producían bolas verdes y oleosas.

La bolita se rompió entre mis dedos y me dejó la mano llena de un aceite translúcido y espeso. Entonces Pol me explicó que todos los campos en muchas, muchas millas de distancia, hasta llegar a otra gran ciudad, producían aquellas mismas bolitas. Y que los campos que rodeaban aquella otra gran ciudad, y todas las del continente, producían lo mismo. Aceite esencial. Fluido vital, dije yo. Con eso y mis bacterias se fabrica el alimento base que comemos todos, añadí. Que coméis todos vosotros, replicó Pol, y me mostró sus pequeños granos oscuros.

Pasamos unos meses allí. El viejo me enseñó todo lo que yo no sabía de la vida exterior. Comprendí que la lluvia era provocada sobre los campos que convenía justo cuando convenía. Y que Pol vivía en aquel lugar porque allí había tierra yerma donde podía cultivar sus cereales arcaicos, ya que siempre se escapaba alguna nubecilla de la tormenta creada artificialmente. El anciano odiaba aquellos campos verdes, y sobre todo odiaba el paso de los aviones sobre ellos. Entonces había que guarecerse y cerrar bien la choza para no aspirar lo que arrojaban.

Pol me enseñó también su colección de libretas. Las había escrito él mismo, a mano, con unos lápices de colores que conservaba con sumo cuidado hasta que los iba consumiendo. Pero le quedaban lápices para muchos años, me dijo. Y también unas cuantas libretas en blanco. En las libretas, Pol anotaba lo que le pasaba, lo que sabía del cultivo de las plantas, que era mucho, e incluso su propia historia o las historias que había conocido de otras personas que igual ya habían muerto pero que seguían viviendo en su memoria.

Me dejó leer todas sus libretas. Así descubrí que con las palabras se puede hacer más cosas que transmitir instrucciones o informar de resultados. Cualquiera puede comunicar su experiencia, o su conocimiento, a través de aquellas sencillas hojas de papel y aquellos lápices. No es necesario tener que recurrir siempre a la base de datos del ordenador central del subsuelo para encontrar textos. Se pueden crear. Se pueden compartir. Y pueden ser más útiles, me advirtió Pol con una sonrisa pícaro que yo no le había visto jamás en los ojos.

Una de las libretas trataba del cultivo de diferentes especies vegetales. Con dibujos y esquemas que acompañaban a los textos, Pol había descrito allí cómo lograr que crezca una amplia diversidad de plantas. Una noche, con un tono de misterio solemne en la voz, me anunció que iba a mostrarme su secreto definitivo. Fuimos a una cueva cercana y allí me mostró una mochila que contenía, etiquetadas y protegidas con frascos metálicos, una gran cantidad de semillas de muchas especies distintas. Y me susurró: éste, hijo mío, es el único futuro posible.

Unos días más tarde partimos los dos, él con la mochila de las semillas a la espalda, yo con un gran saco donde llevaba todos sus otros tesoros, a la búsqueda del lugar adecuado para poner en práctica su plan de futuro. Mientras avanzábamos por las inmensas llanuras reseca, que habían sido abandonadas al quedar inutilizadas para el cultivo a causa de la sobreexplotación, Pol me fue explicando en qué consistía su estrategia. Había que luchar contra la rentabilidad del sistema. Y eso significaba obstaculizar la mecanización.

En estos campos, todo el trabajo, hasta llegar el momento de la cosecha, se hace por vía aérea. La especie vegetal ha sido diseñada para ello. Se puede plantar desde un avión, abonar desde un avión, fumigar desde un avión. También la lluvia se provoca desde un avión. Después, cosechadoras gigantes barren los inmensos campos y se lo llevan todo. Se pueden hacer varias cosechas al año durante varios años, hasta que la tierra deje de producir por la salinización. Hay mucho terreno donde seguir produciendo. Y los de la ciudad piensan que no se acabará nunca.

Pol creía lo contrario. Por eso establecimos nuestra base principal aquí. Por eso empezamos a recorrer los campos arrojando nuestras semillas junto a las del aceite esencial. Nuestras plantas son leñosas, resisten los tratamientos de las malas hierbas y bloquean el trabajo de las cosechadoras. Los de la ciudad han tenido que abandonar grandes extensiones de tierra donde ahora crecen matorrales y distintas clases de cereales. Al poco tiempo de llegar, encontramos a Tom. Él quiere seguir con la labor de Pol. Ya le he escrito su libreta de instrucciones.

Dentro de poco, Tom partirá para buscar otra zona propicia. Procuraremos encontrar nuevos colaboradores que nos ayuden en la tarea. Es un trabajo duro y peligroso, porque los de la ciudad dicen que es ilegal, y por eso nos persiguen, intentan detenernos, queman nuestras chozas y nuestras plantaciones. Yo no sé en qué se basan para decir que sembrar diversidad no es legal. Claro que yo nací en un túnel de hormigón. Pero Pol me recordó muchas veces que hacer lo correcto y lo necesario para que haya futuro nunca puede ser ilegal.

Por fin, la nube ha venido hacia nosotros y está empezando a dejar caer su agua sobre nuestros montes y nuestros campos resecos. Aquí termino ésta mi primera libreta de memorias donde he procurado escribir mi historia hasta el momento. No sé si le llegará a ser de utilidad a alguien el día de mañana. Quizás, sí. Quién sabe. Lo que sé seguro es que recordar todo esto me es útil ante todo a mí, para ser consciente de quién soy, para poder sentirme orgulloso de lo que me ha hecho ser como soy y para animarme a seguir haciendo una vida que merezca ser escrita.